



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

Apuntes Porteños: un antecedente al libro *El hombre que está solo y espera*  
María Julia Lastra  
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 4, N.º 3, noviembre 2018  
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>  
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata  
La Plata | Buenos Aires | Argentina

## Apuntes Porteños: un antecedente al libro *El hombre que está solo y espera*

**María Julia Lastra**

[july7895@hotmail.com](mailto:july7895@hotmail.com)

<http://orcid.org/0000-0001-9728-3876>

---

Centro de Estudios en Historia/ Comunicación/ Periodismo/ Medios  
Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata  
Argentina

### Resumen

Durante los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1929, Raúl Scalabrini Ortiz publicó en el diario *El Mundo* una columna diaria titulada Apuntes Porteños. La misma reemplazaba las Aguafuertes Porteñas de Roberto Arlt. Este trabajo de Scalabrini Ortiz se dedicaba a describir la vida en Buenos Aires: el viaje en ómnibus, los cafés, la viveza y la soledad porteña, los inmigrantes, son algunos de los temas que trató. En total durante los tres meses Scalabrini Ortiz publicó 54 columnas.

En esta ponencia, se realizará una descripción de la columna Apuntes Porteños orientada en buscar las señales que demuestren que ya en esta publicación Scalabrini Ortiz comenzaba a definir al hombre porteño como el prototipo del ser nacional. De esta manera, se plantea que dicha columna es un antecedente al libro *El hombre que está solo y espera*, publicado en 1931 y en el cual Scalabrini Ortiz define las características del ser nacional. Si bien *El Hombre que está solo y espera* no es una recopilación de la columna, las características y las descripciones planteadas en ellos son retomadas en el libro.

### Palabras clave

Scalabrini Ortiz, apuntes porteños, *El Mundo*, *El hombre que está solo y espera*

Los Apuntes Porteños empezaron a ser publicados el 18 de septiembre de 1929. Los mismos reemplazaron las muy exitosas Aguafuertes Porteñas de Roberto Arlt, quien había tenido un entredicho con Muzio Sáenz Peña, director de *El Mundo* en ese momento, y había decidido abandonar el diario, por lo cual habían llamado a Scalabrini Ortiz.

En ese momento, Scalabrini Ortiz también estaba trabajando en el diario *La Nación*, orientado a un público muy distinto al que compraba *El Mundo*. Scalabrini Ortiz trabajó en el diario de los Mitre desde julio de 1928 hasta agosto de 1930. Así comenzó a afirmar su perfil de cronista urbano, asumiendo el personaje de fiscal urbano. «A él llegan, por vía de notas o llamadas, al diario, gran cantidad de reclamos de lo más variados: pavimentos, luz pública, desagües, etc., y él los publica agregando cada día un prolijo plano de su propia autoría, donde trazó el diagrama del barrio con problema» (Rodríguez, 2017:13).

El trabajo en *La Nación* había hecho que *El Mundo* note sus capacidades y lo llamara para cubrir a Arlt, pues Scalabrini Ortiz no se resignaba a ser «un mero receptor de denuncias y muchas veces se dejó llevar por la tentación de construir, con la banal materia prima que le ofrecían, pequeñas piezas de ficción, rebosantes de erudición filosófica y de ambición literaria» (Rodríguez, 2017:13).

«Los Apuntes Porteños se publicaban, al igual que las Aguafuertes Porteñas, todos los días en la página 6 del diario con una ilustración referencial al contenido de la columna. De esta forma, Scalabrini Ortiz describió la vida en Buenos Aires, las costumbres de los porteños, y distintas anécdotas diarias» (Lastra, 2016:29). La columna se publicó hasta el 10 de noviembre de 1929, y el 15 del mismo mes Roberto Arlt volvió a publicar sus aguafuertes.

Es un aporte significativo analizar este material publicado por Scalabrini Ortiz en el diario *El Mundo* ya que el mismo fue un importante medio de comunicación que circuló en nuestro país entre la década del '20 y del '70 y que llegó a las manos de miles de argentinos, convirtiéndose en un gran constructor de la opinión pública. El diario *El Mundo* apareció el 14 de mayo de 1928, fue el primer tabloide porteño. Esta innovación en su tamaño hacía que los trabajadores, las amas de casa, las clases populares lo eligieran. El formato en tamaño menor que el habitual hasta entonces, surgido en los Estados Unidos en 1908 con el *Daily News* y el propósito de que los lectores pudieran leer con comodidad en trenes y ómnibus. Constituyó una arrasadora novedad al representar una alternativa al tamaño "sábana" impuesto por los principales diarios europeos a fines del siglo anterior. Sin embargo, esta elección también había tenido su razón de ser: los impuestos que los diarios anglosajones pagaban se fijaban de acuerdo a su cantidad de hojas; para

pagar menos, trataban de aprovechar al máximo el espacio imprimiendo en páginas enormes (Ulanovsky, 2006:39).

Distintos fueron los factores que hicieron que el diario renueve el periodismo y se instale fuertemente: tenía un estilo distinto a otros diarios de gran tirada de la época como *La Prensa*, *La Razón* y *La Nación*; su formato chico hacía que el diario sea fácil de leer en cualquier lado, como en los distintos medios de transporte; se vendía a la mitad de precio que el resto de los diarios; le dio importancia al periodismo fotográfico e incluyó historietas, que llegaron a ser muy populares, como *Quique*, *el niño pirata*.

*El Mundo* fue elegido por las amas de casa, los trabajadores, los oficinistas ya que como afirma Sylvia Saitta (1993:1) era un diario que sabe que todo hombre y mujer modernos, en medio del trajín cotidiano, quieren tener información sobre política, deportes, teatros o cines, y que no disponen del tiempo necesario para leer, sentados en un amplio sillón o sobre el escritorio, las largas sábanas a las que duramente se habían acostumbrado.

Los Apuntes Porteños pueden ubicarse dentro del «género costumbrista pues en ellos se describe la realidad de Buenos Aires de 1929, las costumbres, las conductas sociales. Sin hacer análisis sino a través de la descripción narrativa, Scalabrini Ortiz en esta columna busca una identidad cultural nacional de lo argentino» (Lastra, 2016:7). Como explica José Escobar (1996:118), el costumbrismo «es una práctica literaria que surge de la transformación del concepto de imitación que se opera en la estética del siglo XVIII de acuerdo con un cambio social e ideológico de carácter revolucionario». En Francia, el género se utilizó para representar imaginariamente el carácter nacional puesto en peligro, supuestamente, por las circunstancias históricas de cambio revolucionario. Por esto mismo, no es aleatorio que Scalabrini Ortiz use este género en su búsqueda del ser nacional durante una época de crisis política, económica y social.

Asimismo, la columna de Scalabrini Ortiz puede definirse como un aguafuerte, ya que presenta características similares a las escritas por Roberto Arlt. Pero, ¿qué es un aguafuerte? En realidad esta palabra refiere a una técnica de grabado, se denomina de esta manera a la lámina o estampa realizada en cobre, obtenida por el grabado al agua fuerte, es decir, una solución de ácido nítrico y agua (esto es el propio aguafuerte). Esta solución corroe el cobre en las zonas en que éste no está protegido por el barniz, y deja unos surcos.

Entonces, ¿por qué Roberto Arlt tituló a su columna Aguafuertes porteñas? La idea de Arlt era representar la realidad de Buenos Aires, retratar los paisajes urbanos y las historias de los personajes típicos de la ciudad.

El aguafuerte incluye varios géneros. El costumbrismo, como se nombró antes, busca reflejar los usos y las costumbres sociales sin analizarlos ni interpretarlos. Presenta algunas características de la crónica por el relato detallado de los acontecimientos y también se lo puede considerar dentro del género folletinesco, ya que las aguafuertes tenían una sección especial del periódico, la construcción de los personajes y los ejes temáticos planteados.

Arlt con sus aguafuertes «retoma las características del género costumbrista -de amplia y sólida trayectoria en el periodismo argentino- al que renueva con el aporte original de su pluma. Los rasgos discursivos propios del artículo de costumbres son claros en la mayor parte de éstas: títulos expresivos que resumen el contenido o el tema del artículo, además de aquellos que encierran un enigma o clave que el lector debe dilucidar; el modo singular de iniciar y cerrar las notas; personajes genéricos presentados mediante un perspectivismo deshumanizante que deforma y exagera ciertas características a fin de destacar un vicio moral; los sucesos reales y lugares concretos, la descripción directa con diálogos oportunos intercalados»(Fabiana Varela, 2002: 149).

El 30 de agosto de 1931 Raúl Scalabrini Ortiz fue despedido de su trabajo en *Noticias Gráficas*. Pero luego se encontró en un café de Corrientes y Esmeralda con Manuel Gleizer, quien al enterarse de esto le propuso pagarle un sueldo a cambio de que él termine su novela del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Pero lo rechazó, explicándole que le faltaba tiempo para que la novela aún esté madura. «Pero si usted quiere, le escribo un estudio sobre la vida porteña que ya tengo anotado y preparado y no hay más que redactar. Es un trabajo que va a gustar y en el que por primera vez se intentará dar un esqueleto a esta invertebrada vida en Buenos Aires» (Norberto Galasso, 2008: 104), le dijo Scalabrini Ortiz.

Luego de cuatro semanas de arduo trabajo, en octubre de 1931 estaba listo su libro y llevó el título de *El hombre que está solo y espera*. El éxito del mismo fue inmediato y se debió a que quiebra la corriente europea de análisis de nuestra realidad presente en las décadas anteriores. El libro fue elegido por unanimidad como libro del mes por el Pen Club de Buenos Aires. La primera edición se agotó en un mes y la segunda salió el 31 de diciembre del mismo año.

*El hombre que está solo y espera* define al porteño como el ser nacional y busca entre sus páginas definir las características de una identidad nacional. El mismo Scalabrini Ortiz explicó en el libro que en general «el intelectual no escolta el espíritu de su tierra, no lo ayuda a fijar su propia visión del mundo, a pesquisar los términos en que podría traducirse, no lo sostiene en la retasa de valoraciones que ha emprendido. Por eso el Hombre de Corrientes y Esmeralda se reconoce más en las letras de tango, en sus girones de pensamiento, en su hurañía, en la poquedad

de su empirismo, que en los fatuos ensayos o novelas o poemas que interfolian la antepenúltima novedad francesa, inglesa, rusa» ([1931] 1986:88).

En la primera página de este ensayo sociológico, Scalabrini Ortiz manifiesta que va a indagar las «modalidades del alma porteña actual», pero ¿por qué dice «actual»? Es que la obra deja de lado tipos criollos ya desaparecidos: el gaucho, el porteño colonial, el indio, el cocoliche.

Estos tipos criollos habían sido desarrollados durante la década del 70 y 80 en los folletines gauchescos, teniendo como mayor expositor del tema a Eduardo Gutiérrez. Estos, según explica Adolfo Prieto (1988), establecieron el repertorio temático y las proyecciones del criollismo percibido como criollismo popular. Imitados, plagiados, trasladados al verso o al diálogo escénico vinieron pronto a engrosar, con el agregado de otros textos de parecida factura, verdaderas «Bibliotecas Criollas», con decenas de títulos. A su vez, el autor agrega que «el más notorio de los personajes de Gutiérrez, Juan Moreira (modelador de una conducta cívica que era exaltada o execrada en su nombre, proveedor de una imagen estereotípica que vino a hacerse imprescindible en los desfiles de carnaval y en la pluma de los dibujantes y caricaturistas de la época) fue la cifra, el paradigma de lo que la vertiente del criollismo popular significó como fenómeno de difusión literaria y como fenómenos de plasmación de un sujeto surgido de fuentes literarias» (Prieto, 1988:13).

Asimismo, otro emblema de la literatura gauchesca que tiene como arquetipo del ser nacional al gaucho es el *Martín Fierro* de José Hernández. Poema que ha sido reivindicado como parte de nuestra cultura nacional. Incluso Leopoldo Lugones, durante el centenario de la Declaración de la Independencia, dio una conferencia reafirmando como un poema épico de nuestra identidad - conferencia que luego sería recopilada en el texto *El Payador*.

Esta idea de Scalabrini Ortiz acerca de que la figura del gaucho como arquetipo de lo nacional estaba agotada ya se podía ver en 1929, por ejemplo, en la columna Un heredero de los gauchos, publicada en los Apuntes Porteños. En esta crónica, describe a un personaje que poco a poco va desapareciendo de la cotidianeidad de Buenos Aires: el hombre que lee en las plazas, al que se clasifica como «un descendiente de los antiguos habitantes de las pampas, de los gauchos, el heredero de su indolencia y de su ocio ensimismado. Leer es su pretexto para no pensar»<sup>1</sup>. Aquí va relatando los cambios que va viviendo la ciudad, cómo poco a poco se va convirtiendo en una urbe ruidosa reflejo del «progreso». Y cuenta: «Concurrí un tiempo a la Plaza Constitución. Era tranquila y cándida, con su mucha soledad y su gruta infantil y maloliente. Ahora, sin gruta y su tráfico afanoso, con el estrépito de

los ómnibus, el campanileo de los tranvías, las bocinas de los automóviles es insoportable»<sup>2</sup>

En la ciudad está ahora el ser nacional, ya no en el campo; la ciudad -gracias a la revolución industrial- cobró supremacía sobre el campo, ahí está el progreso y esto manifiesta Scalabrini Ortiz en esta columna: «Mi interlocutor plegó el diario. Hizo un rollo con él y blandiéndolo como un espadín, me invito a salir. En la esquina de Maipú y Arenales se detuvo. Extendió su diestra y señalando la estación Retiro, que desde la altura del altozano avizorábamos en toda su extensión.

-Mire, me dijo; ese es el progreso.

En enorme abanico, la multitud llegaba de todos lados, se comprimía junto a los portales y se insumía en ellos como en un embudo. Algo más allá, tras las techumbres de los tinglados partían los trenes, seccionados en vagones repletos de pasajeros, repletos de la misma multitud que se atropellaba desparramada a la entrada de la estación».<sup>3</sup>

Más adelante, en el libro, Scalabrini Ortiz explica quiénes son el hombre de Corrientes y Esmeralda, en quiénes está inmerso. Y todos los hombres que menciona habían sido descriptos con anterioridad en los Apuntes Porteños: «El hombre nació en apuntes apresurados de un partido de fútbol (en octubre del 29 publicó El final del campeonato argentino de football en el cual describe a los hombres que van a mirar este deporte y su relación con el mismo); de un asalto de box (La primera lección de boxeo es una columna en la cual describe la primera lección de box de un hombre cuando se enfrenta a otro por querer bailar con una mujer) ; en las reacciones provocadas por un niño en peligro, en la agresión a un indefenso (Yo no vi nada es una columna que describe el maltrato policial hacia un vagabundo testigo de un crimen); en la palpitación de las muchedumbres de varones que escuchan tanto en un café (esto se ve descripto en la columna Café de hombres solos); en el atristado retorno a la monotonía de sus barrios de los hombres que el sábado a la noche invaden el centro ansiosos de aventuras (ésta precisamente es la temática tocada en la columna Tristezas de sábado); en las confesiones amicales arrancadas por el alba, en los bailes de sociedad y en la embriaguez sin ambages de un cabaré, en algunos comentarios perspicaces y también en personas que exageraban involuntariamente un motivo mitigando a los demás» ([1931] 1986:29).

A su vez, Scalabrini Ortiz expone en este libro que «para indagar en el alma porteña se debe descubrir las escenas, sopesar los caracteres, inventar nuevos patrones de mediación, pescar las palabras definidoras, formar hombre prototipos,

superponer manías individuales para trazar en la manía envolvente la necesidad colectiva que las involucra a todas» ([1931] 1986:15). Esto es, justamente, lo que había hecho en la columna del diario *El Mundo* tres años atrás. A lo largo del libro, Scalabrini Ortiz va describiendo en distintos capítulos las características del hombre porteño. A continuación, se mostrarán las coincidencias entre estas descripciones y los Apuntes Porteños, ratificando la tesis de que los mismos constituyen un antecedente a este ensayo sociológico.

Los ojos indiferentes es la primera parte en la que empieza a describir al porteño. En este capítulo, manifiesta que «toda referencia de un porteño sobre la mujer es rencillosa» y que no ha visto «brotar un piropo de una boca porteña», pues «el piropo del hombre porteño es su mirada». Incluso comenta que una amiga de París le decía que los ojos de todos los argentinos se parecen. Esta particularidad del hombre de Buenos Aires, Scalabrini Ortiz ya la había descrito en la columna titulada Don Juan Tenorio en V. Sarsfield, en la cual cuenta la experiencia de don Juan Tenorio, un inmigrante español que piropoaba a las mujeres porteñas, quienes le respondían agresivamente. Si bien respondían mal a los piropos verbales, no así al piropo con la mirada.

En el siguiente capítulo, Un olvido del egoísmo, Scalabrini Ortiz trata el tema de la amistad. «La amistad porteña es un don: el único de esta tierra» y expone que la misma «es restringida en causas y profunda», y que «dos amigos porteños pueden desempeñar actividades opuestas» ya que «la amistad no persigue remuneración alguna», logrando ser «un olvido del egoísmo». Al mismo tiempo que «ser falluto» con un amigo no se perdona. Esta característica porteña ya había sido descrita en la columna Apróntese, tiene que pelear conmigo, en la cual describe a Eudoro Meabe, un hombre devoto de la cultura de la amistad, quien se enoja cuando se da cuenta que sus camaradas lo han estafado. A Eudoro no le importa el dinero sino la acción de vileza ya que los amigos no pueden ser fallutos; para él, la amistad es algo sagrado.

En el capítulo El hijo de nadie describe la relación entre el padre europeo y el hijo porteño. Expone que «el hombre porteño tiene una muchedumbre en el alma» y por ende «el hijo porteño de padre europeo no es un descendiente de su progenitor, sino en la fisiología que le supone engendrado por él. No es hijo de su padre, es hijo del país». Esta idea ya se veía reflejada en la columna titulada El fundador de la Boca en la cual describía a un viejo inmigrante que vivía en la Boca, barrio que ayudó a formar y del cual nunca se iría. Allí describe que para este antiguo residente «su familia, sus hijos, nacidos de madre criolla, años más tarde le eran ajenos, forasteros de sus ternura, a sus creencias, a sus recuerdos». También se ve en la columna Mi abuelo se le parecía... en la cual describe las diferencias

entre don Antonio, inmigrante de origen andaluz y su hija. La joven no entiende cómo su padre sigue trabajando detrás del mostrador cuando tienen una fortuna, pero don Antonio, como todo inmigrante, no sabe otra cosa que trabajar.

En el siguiente capítulo del libro *La tierra invisible*, Scalabrini Ortiz sigue marcando las diferencias entre el europeo y el porteño. Expone que el europeo es laborioso, que el tiempo es para él otra herramienta de trabajo. En cambio, el porteño es un hombre ocioso, taciturno, sufrido y altanero. Por esto las diferencias entre padre e hija en *Mi abuelo* se le parecía... Por otro lado en distintas columnas de los *Apuntes Porteños* Scalabrini Ortiz describió al porteño como una persona ociosa, haragana. En *El hombre de la azotea*, columna en la cual describe la vida en el conventillo aparece un personaje peculiar: justamente como lo dice el título, el hombre de la azotea. Este hombre se la pasa en la azotea viendo la ciudad, insumido en su pachorra. «Saben que su hija modista, en un taller del centro y el hijo aprendiz de forjas en una herrería, costean los gastos del alquiler de la pieza en que viven y el precio de las vituallas que cocina la chica mayor.

-Los hijos -ha explicado alguna vez- deben trabajar ahora como yo trabajé antes por ellos.

Las malas lenguas dicen que, en realidad, él nunca trabajó y antes que sus hijos, le sostuvo su mujer, habilidosa costurera».<sup>4</sup>

En la columna *Alegres deportes oficinescos* también se ve esta característica del porteño, pues en la misma se describe a seis empleados que trabajan en una oficina sin tener una tarea concreta. Sólo tienen que cumplir un horario entonces se la pasan jugando. También en la columna *¡Déjalo, pobre muchacho!* se ve esta temática descrita de la siguiente manera:

«Sus padres, propietarios de una florería, le acucian constantemente.

-Manuel, sos un haragán. ¡No pareces hijo de tu padre!

-¿Y por qué no parezco hijo de mi padre?

-Es un hombre trabajador. Ha labrado su posición con su esfuerzo.

-¡Y bueno! Quizá por eso yo soy sal. Trabajé demasiado y yo nací cansado.

-¡Hace, chistes, sinvergüenza!

-¿Y qué quiere que haga?

-Trabajá. No quisiste estudiar...

-¿Y en qué voy a trabajar?

-¡Qué sé yo! ¡Buscá!

-Sí; buscá. ¡Qué fácil es decirlo! ¡Buscá! ¡Buscá!

-Los diarios están llenos de avisos pidiendo empleados.

-¡Y bueno! ¿Acaso yo no he ido a ofrecerme? ¡Qué culpa tengo, si cuando llego yo, han contratado a otro.



-Te levantas tarde...

-¡Ahora también quiere que madrugue! Déjeme tranquilo, ¿quiere? No hace más que rezongar. Usted sí que no parece mi madre. No hace más que retarme. ¿Acaso yo la molesto a usted?»<sup>5</sup>

En el capítulo *La ciudad sin amor*, se describe la relación entre hombres y mujeres: «Hombres y mujeres se zanjaron en una rivalidad que ni el matrimonio salvaba. Por la presión del ambiente enrarecida, la mujer veía en el hombre al timador de su honestidad. El hombre en la mujer, la enemiga de su lozanía instintiva. Los hombres quedaron desamparados. La ciudad se encerró en una mojigatería solemne, casi atrabiliaria. El beso era un delito policial. Los mocosos se mofaban de las parejas que se deslizaban por las calles al anochecer» ([1931] 1986:45). Esta relación ya se veía plasmada también en los *Apuntes Porteños*, nuevamente en la columna *Don Juan Tenorio* en V. Sarsfield:

«-¡Mire Ud.! Yo no puedo vivir sin alternativas sentimentales, sin aventuras amorosas. Yo soy un poco el hombre de la pasión, y ésta es, señor, la ciudad de los hombres sin amor. He visto magnificas noches de luna desperdiciadas, con las calles y las plazas solitarias. Ni una pareja de enamorados.

-A los enamorados les está prohibido concurrir a las plazas».<sup>6</sup>

En el capítulo *Las vidas que se escurren*, Scalabrini Ortiz toca la temática del deseo de ascenso social: «Pero el europeo gozaba de una salvación: seguía ahincado en la creencia de que la riqueza le devolvería una bonanza terrenal que ignoraba cómo había perdido. El trabajo y las alternativas pecuniarias aligeraron la gravitación de la forzosa misantropía. El europeo cambió sus perspectivas vitales, pero no agotó su esperanza en la fortuna» ([1931]1986:49). Esta temática está descrita en distintas columnas de los *Apuntes Porteño*, como se explicó antes; tal es así que en *El precio de los fideos*, *Cómprese una casa señor*, *Trabajo Livianito*, *La posesión de la tierra*, entre otras, se describe el anhelo de los inmigrantes europeos por una fortuna que les permita vivir bien.

En el capítulo *El místico sin Dios*, Scalabrini Ortiz da distintas características del porteño que pueden verse en las columnas de los *Apuntes Porteños*. Expone que para el porteño la ciudad es un ente vivo, como un amigo: «El amor porteño a su ciudad cela su presente y se expande hasta el futuro: es un amor de padre, y una pasión de amante» ([1931]1986:62). Esto se ve en la columna *Del placer de viajar en colectivo*, en la cual describe a un hombre que baja en avenida de Mayo maltratado en el exterior por el revoltoso viaje en colectivo pero en su cara se ve una franca satisfacción. «Un viaje en colectivo -nos dice- sacia con exceso mis apetencias de novedad. Me brinda tantas emociones e imprevisibles vicisitudes [...]»<sup>7</sup> Este hombre en lugar de quejarse del alboroto de la ciudad, lo disfruta.

Por otra parte, en este capítulo también habla del tema del deporte: «El deporte logra así fisonomía de amor insustancial -único a que asiente- en que el amor a la ciudad o a la ingratitud de los hecho, suple una desolación de amor. Es un sentimiento sin recompensa, renunciante. A un hombre con facha de obrero cuyo júbilo eran las palpitaciones dominicales en que intervenía su club predilecto: yo le he oído esta frase de increíble abstención: "Caramba. Me parece que yo soy la yeta, cada vez que veo un partido de River Plate, pierde. No vengo más". Era esa la explosión de un sentimiento verdaderamente religioso tan fidedigno que hasta la propia personalidad doblegada» ([1931] 1986:65). En la columna El final del campeonato argentino de football describe un partido en el estadio de River Plate, en el que juegan rosarinos contra tucumanos. Allí describe cómo es el ambiente en un partido de fútbol y la emoción de los espectadores.

A su vez, describe al hombre porteño como «un misántropo que odia la soledad personal. No puede estar solo.» Este tema, como ya se desarrolló antes, Scalabrini Ortiz ya lo había tratado en las columnas Tristezas de sábado y Café de hombres solos. La soledad es la que lleva al hombre de Corrientes y Esmeralda a estar todo el tiempo en Cafés: «Las tertulias se instalan en el interior de una casa o en un café. El estado de ánimo no se modifica. El café reboza. En torno a cada mesa hay un grupito de hombres solos. Los hombres de una mesa evitan mirar a los vecinos... Las mujeres están excluidas de esa grey» ([1931] 1986:66). Este ambiente fue descrito en la columna Café de hombres solos, de la siguiente manera: «Sin falsedad no podría afirmarse que esos hombres se solazan en los naturales goces de la sociabilidad, que intercambian ideas, sentimiento o se comunican hechos y sucesos. Su talante es demasiado hosco, casi ceñudo el rostro y hasta malhumorado el gesto. No conversan entre sí. Su diálogo se distiende en silencios más largos que las frases. Muchos están solos y entre adormilados y alertas, desprenden la ceniza de sus cigarrillos en el borde de la taza de café que concluyen de beber. Hay un ambiente de recelo y desconfianza tirante y alerta. Evitan el choque de sus miradas y por eso contemplan con inmóvil pertinencia algún detalle, del artesonado o algún dibujo llamativo de las paredes».<sup>8</sup>

Más adelante, en el capítulo El piloto del caos describe al hombre de Corrientes y Esmeralda como un hombre que no reflexiona sino que se deja llevar por sus sentimientos, que confía en sus «pálpitos» de última hora. Esta característica se ve reflejada en Justo Sánchez de la columna La cuestión es darse el gusto..., quien se había metido en el negocio de la aviación y un día le pareció interesante volar solo pero nunca había tenido una lección práctica. Aún así, decidió mandarse a la aventura, voló casi dos horas pero no sabía aterrizar y, por ende, terminó destrozando el aeroplano. Para él la cuestión era darse un gusto.

Finalmente, en el capítulo El millonario ingénito, Scalabrini Ortiz trata el tema de la riqueza. Expresa que la misma no cautiva al hombre porteño pues éste no quiere ser rico. «El porteño es así: se complace en la fortuna imaginada pero en su apropiación no empeña ninguna de sus bonanzas vitales» ([1931] 1986:116). De esta manera, marca una diferencia con el europeo quien sí busca la fortuna, el ascenso social, una mejor calidad de vida y trabaja sol a sol para conseguirlo. «Un trabajo puede ser livianito, aunque sea físicamente fatigoso. Un trabajo cansador es el que demanda, al que lo ejecuta, prolijidad mental, concentración, atención [...]» describe Scalabrini Ortiz en *El hombre que está solo y espera* ([1931] 1986:118). Esto se ve reflejado en la columna Un trabajo livianito, en la cual la señora que contrata a Manuela le manifiesta que el trabajo es livianito porque sólo requiere de tareas domésticas, forzosas, pero las cuales no implican mucho esfuerzo mental.

Por otro lado, explica que «un empleo en que el porteño debe calcular, redactar, pensar, planear, prevenir, es trabajo hartador, “es un laburo de la gran siete”. La tarea más seductora para el porteño son los cargos de oficina: una distracción manual en que simula una ocupación real y una libertad de imaginación no coartada» ([1931] 1986:118). Este tipo de trabajo es el que describe en la columna Alegres deportes oficinescos, que se explicó antes.

«Si entre los compañeros de oficina hay alguno con quien departir amigablemente, contar anécdotas, chistes, tramar empresas de enriquecimiento, y los jefes son tolerantes entonces el cargo es un ideal porteño», agrega Scalabrini Ortiz. La relación del porteño con los negocios la describe en la columna Me han hablado de un negocio... que describe el trabajo de Jaime Morling, un hombre «craso, regordete, mofletudo. Algo inconsistente de carnes, flojo de músculos y al sentarse su adiposidad le sirve de muelle. Pero es movedizo. Tiene un pasito rápido de rata y siempre está jadeante, sofocado, aunque no tenga nada que hacer». <sup>9</sup> Este singular personaje vende repuestos a los camioneros pero no deja de pensar constantemente en los negocios, siempre está ideando algo nuevo. También lo describe en la columna Un inventor pertinaz, en la cual nos cuenta sobre Mateo Durán, un joven que vive imaginando proyectos y fantaseando con negocios: «Piensa en Norte América. Irá a ofrecer su invento a un sindicato de multimillonarios. Duda. Si vende el invento al contado gana tranquilidad, pero pierde toda participación en el desarrollo eventual del negocio. Si acepta un porcentaje sobre los negocios, vivirá torturado por sospechas de trapacerías. ¡Son tan poco formales los multimillonarios norteamericanos!» <sup>10</sup> Pero este joven, como buen porteño, deja sus fantasías como millonario en eso, meras fantasías, ya que nunca concreta nada.

En el análisis que se desarrolló queda demostrado que los temas tratados por Scalabrini Ortiz en *El hombre que está solo y espera* ya los había desarrollado en la columna Apuntes Porteños tres años antes. Alejandro Cattaruzza y Fernando Rodríguez en el prefacio del libro manifestaron que los Apuntes Porteños eran los capítulos provisorios del libro. Pero, por el análisis hecho se puede decir que no es tan así. Si bien en los Apuntes Porteños el género es el del aguafuerte mientras que en el libro la narrativa es más bien propia de un ensayo sociológico, los ejes coinciden en ambas producciones.

El diario *El Mundo* llegaba a un público más popular, llegaba a esa pequeña burguesía y a los obreros a los que Scalabrini Ortiz quería interpelar, en quienes quería constituir una identidad nacional, por eso no es azaroso que haya elegido comenzar con el trabajo de la construcción del ser nacional en este diario y no en *La Nación*, medio en el cual ya trabajaba cuando comenzó a escribir los Apuntes Porteños. El público de *La Nación* era más oligárquico. Scalabrini Ortiz entendió a los servicios de quienes estaba este diario y dejó su puesto años más tarde: «En 1930 yo había alcanzado el más alto título que un escritor puede lograr con su pluma: el de redactor de "La Nación", cargo que renuncié para descender voluntariamente a la plebeya arena en que nos debatimos los defensores de los intereses generales del pueblo» (Galasso, 2008: 99).ç

## Bibliografía

- Escobar, José. (1996) *Costumbrismo: estado de la cuestión. Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico, Romanticismo 6: El costumbrismo romántico*, Roma: Bulzoni
- Galasso, Norberto. (2008) *Vida de Scalabrini Ortiz*. Ediciones Colihue, Buenos Aires.
- Lastra, María Julia (2016) *La búsqueda del ser nacional en Scalabrini Ortiz: de los Apuntes Porteños a El hombre que está solo y espera*. Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires.
- Prieto, Adolfo. (1988) *El discurso criollista*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Rodríguez, Fernando. (2017) "Prólogo". En Raúl Scalabrini Ortiz. *A través de la ciudad*. Eudeba, Buenos Aires.
- Sylvia Saítta. (1993) "Introducción". En Roberto Arlt. *Aguafuertes porteñas-Buenos Aires, vida cotidiana*. Alianza, Buenos Aires.
- Scalabrini Ortiz, Raúl. ([1931] 1986) *El Hombre que está solo y espera*. Hyspamerica, Buenos Aires.

Scalabrini Ortiz, Raúl. ([1931] 2005) *El Hombre que está solo y espera. Una biblia porteña*. Editorial Biblos, Buenos Aires. Con prefacio de Alejandro Cattaruzza y Fernando Rodríguez.

Ulanovsky Carlos. (2006) *Paren las rotativas*. Emece Editores, Buenos Aires.

Varela, Fabiana Inés. (2002) "Aguafuerte Porteñas: tradición y traición de un género". Revista de Literatura Moderna. Universidad Nacional de Cuyo.

## Notas

---

<sup>1</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (19 de septiembre de 1929). Un heredero de los gauchos. *El Mundo*, p.6

<sup>2</sup> Ibidem.

<sup>3</sup> Ibidem.

<sup>4</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (7 de octubre de 1929). El hombre de la azotea. *El Mundo*, p.6

<sup>5</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (21 de octubre de 1929) ¡Déjalo, pobre muchacho! *El Mundo*, p.6

<sup>6</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (1 de octubre de 1929). Don Juan Tenorio en V. Sarsfield. *El Mundo*, p.6

<sup>7</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (18 de septiembre de 1929). Del placer de viajar en colectivo. *El Mundo*, p.6

<sup>8</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (22 de septiembre de 1929). Café de hombres solos. *El Mundo*, p.6

<sup>9</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (29 de octubre de 1929). Me han hablado de un negocio. *El Mundo*, p.6

<sup>10</sup> Scalabrini Ortiz, Raúl. (5 de noviembre de 1929). Un inventor pertinaz. *El Mundo.*, p.6